

# JULIO SANCHEZ

PRESENTADO POR  
JOSE MARIN CAÑAS



MINISTERIO DE CULTURA,  
JUVENTUD Y DEPORTES

## EDEL

Serie ¿Quién fue y qué hizo

# JULIO SANCHEZ



Presentado por

JOSE MARIN CAÑAS



Ministerio de Cultura Juventud y Deportes  
Departamento de Publicaciones  
San José, Costa Rica  
1972

**v1.0 Editorial Electrónica- EDEL**  
**<http://guiascostarica.info/edel/>**

Esta obra está bajo una [licencia de Creative Commons Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 3.0 Costa Rica](http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/).



<http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/3.0/cr/>

El diseño y diagramación de este libro se comparte con una Licencia Creative Commons para compartir, copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra. Debe reconocer los créditos de la obra, no puede utilizarla para fines comerciales y no se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de la misma.

## INDICE

Capítulo	1
Capítulo	2
Capítulo	3
Capítulo	4
Capítulo	5
Capítulo	6
Capítulo	7
Capítulo	8
Capítulo	9
Capítulo	10

*Recordando a mi abuelo*

En el Centenario del nacimiento de don Julio Sánchez Lépiz

Epílogo

*Don Julio y yo*

ANTOLOGIA

Dejemos que don Cleto resuelva los problemas nacionales

Don Julio Sánchez diputado

Cuadro Cronológico

*Moisés Barrios diseñó la portada y la edición estuvo al cuidado del Departamento de Publicaciones del Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes.*

*A Milton y Berta de Sánchez Cortés.  
A Milton-José, Gonzalo y Laura Sánchez Marin.*

# 1

La patria es la obra de los hombres. Es la empresa nacional primaria que le da unión y sentido a una sociedad; y por ello constituye un quehacer total. En esa labor están elementos que se singularizan porque su trascendencia histórica rebalsa el nivel común ciudadano; tramontan los límites convencionales hasta ensancharlos; trasfunden ideas, metas, señales y caminos; recorren, dejando huella, lo que después ha de transitar el conglomerado. Actúan como baqueanos en el tortuoso recorrido.

Son ellos, pues, los hombres-guías, que a la postre, la posteridad los cataloga aparte. Muchos logran alcanzar el honor de la estatua, pero éstos, generalmente son los que han bregado en labor (la política, por ejemplo) más asequible a la mayoría; y aun dentro de ese orden, se registran ausencias y olvidos inexplicables.

Se podría, "a priori", crear una catalogación despojada de todo sentido tumultuario, y en el balance de la opinión caliente que producen las luchas electoreras, espulgar con ánimo tranquilo y espíritu justo, el gesto y el quehacer de hombres que dentro o al margen de la fragua política, en el cenáculo o en el barbecho, con la pluma o el azadón dieron a la patria la sembradura de almacígaes pródigos, el frutar de árboles de rica pulpa y dulce jugo; el pensamiento o la acción que tuvieron en el acontecer patrio, hondo rumor humano, la faena de hacer un algo como pan acabadito de sacar de los hornos campesinos, que en nuestras casas tradicionales estaban en el corredor de barrida y aseada tierra.

Todos ellos, por ser los mayores del trabajo en el construir de la nación, son gente ilustre. No demos a la palabra usada el sentido generalmente cultural y dentro del campo científico o del pensamiento dialéctico. En un pueblo de agricultores, de traza pobre y apariencia niña, ser ilustre no se reduce solamente al quehacer en bibliotecas o en laboratorios. Su espectro y semántica llega aún más a la sencillez de las sementeras, que es el portal de paja, muía y buey, en donde va naciendo la patria.

Se es sabio —nadie lo pone en duda— en principios y formulas, pero también se es en conocimiento del vivir. Y de todos ellos, ninguno llega al valimiento de lo que se constriñe a ese acezante caminar y aprender en la materia de vivir, quizás la más enreversada y abstrusa de todas cuantas han salido del caletre humano.

Hay vidas cuyos recorridos parecen los folios de un tratado de filosofía positivista. Nuestros campesinos, a quienes la cultura —de cuya existencia no se dan cuenta— les viene en la sangre desde muchos siglos atrás por vía del suceder hispánico vertido y transfundido, son zahoris de natural, de mucha ponderación y seso y su algo de pizpireta malicia y su no poco agudo ingenio. Los campesinos, catalogando con gracia ática a esos patricios, los han llamado con un grafismo terne: ¡"Los Guayacanes"!

El sustantivo se transforma por obra del caletre rural, en adjetivo que bautiza lo calificado, con las virtudes de las que la gente montañera se hace lenguas, achacadas a la madera del guayacán, árbol tropical que se da en América como rey de la dureza, cosa que si bien se mira, es necesario para hacerle juego a ese juego largo y doloroso del vivir y del hacer patria.

Al pretender, como se quiere ahora, aglutinar una Biblioteca de hombres ilustres, cuyos pequeños libros tienen como mira la grande y barata tirada para el logro de una difusión nacional, lo que se está en resumen haciendo es una selección de "guayacanes", así como se entiende a la manera tica, la hombredad de tipo histórico.

El término, sin embargo, es más fácilmente aplicado en el campo y sus hombres, que en la ciudad y al hombre de ella. Raras veces, tratándose de un valor ciudadano, se le asigna, a no ser que su carácter le haga tener un perfil de tamaño inusitado por recto y enérgico, a la manera de los árboles que se encuentran en mayor abundancia en la plena montaña, donde la selva adquiere aspectos de mundo recién nacido.



*Don Julio Sánchez Lépiz*

Para adquirir el mote heroico que aquí tratamos de esquematizar, se exige mucho y bueno. No es el vocablo climax de una crisis política, en la que los pueblos están subyugados por los términos vocingleros de la propaganda partidista. El término se concede a lo largo de una vida; no en un momento -de crucial furor, ni de delirante entusiasmo engañoso. Su nacimiento lo da el reposo, el análisis, el hondo convencimiento de que el país ha logrado concretar en aquel hombre, las más destiladas virtudes que tenemos en la heredad, nacidas de nuestra primigenia pobreza, de nuestro decoro e individualidad, aportados al país por nuestro Capitán y primer Adelantado, un salmantino que fue noble, bravo, pobre y misericordioso, y de cuyas virtudes sacó normas de gobierno.

Los primeros años y hasta los últimos de la colonia, así como muchos del siglo XIX, en el que comenzamos a construir esta pequeña república modelo, fueron de un pauperismo sobrecogedor. Los colonizadores no eran guerreros, sino hombres de labrar la tierra, y si, como se dice, arribaron de Galicia, Noroeste de España, montañosa y cuajada de lluvia, muy parecida al paisaje nacional de la meseta del Centro, como a las bajas costaneras, más la del Este que la -otra, fácil es el deducir, que fuimos un pueblo cuya raíz la buscamos en la tierra y en el agua sabia, en la simiente y en el surco fértil, que no en la gloria guerrera o en la aventura de la marinera quilla.

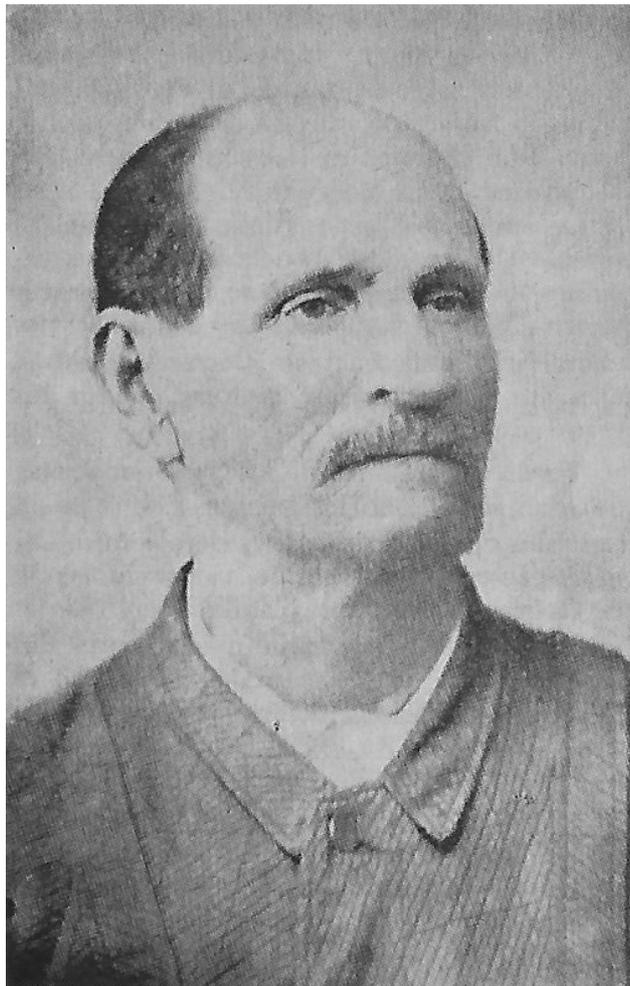
Nuestra estructura fue, pues, agrícola. Hijos de colonos, colonos criollos, mestizos colonos y a la postre, raza depurada, caucásica por la color, cristiana por el rezo, individual por el instinto, pacífica por el sentido social.

Hacer que esa sociedad de tan precaria fortuna crematística llegara a lo que es hoy nuestro país, fue trabajo duro, largo y fatigoso. Los capitanes que en todos los campos nos hicieron levantarnos al alba., nos enseñaron a sembrar y cuidar el almacigo, venir a la feria de las frutas y de los ganados, concurrir al mercado de los trapos, las verduras y los inventos del mundo industrial europeo; los que nos mostraron el camino para ser una organización social, tranquila y respetuosa, y por último, nos dieron la llave de nuestro propio tesoro creándonos la fe en dos símbolos: El de la Cruz y el de la Libertad, fueron mereciendo nuestra admiración, que se tradujo en un vocablo de respeto.

Este homenaje no tuvo las zalemas de los actos oficiales. Fue una ceremonia sencilla, exenta de toda pompa, canija en su atuendo, callada de ruidos, casi privada, como fiesta de hogar. Así fueron quedando establecidos en la historia de la patria los diversos hombres claves que subieron al trono del corazón de cada costarricense. En este libro, vamos a tratar de uno de ellos, que vimos en nuestra época. Su nombre es sencillo y fonético, breve y duro. Tras de tres palabras se adivina toda una larga vida, en cuyos embates y romper de barras y esquivar tormentas, la mano no le tembló.

La Serie ¿Quién fue y qué hizo?, que se propone publicar el Ministerio de Cultura, Juventud y Deportes abarcará, en una biografía para cada uno, muchos de éstos perfilados como tales, y para conocimiento vasto de los lectores de todas las edades.

Nuestros antepasados hicieron la nación en el más hondo y trascendente esfuerzo que haya hecho en toda su historia el país, aun incluyendo la guerra del 56-57. A simple vista, pareciera que el máximo acontecimiento que registra la historia patria lo es la aventura contra William Walker. Con ser una empresa titánica —dados los precarios medios de que en la época se disponía— y cuyas hazañas son gloria y ejemplo de los días actuales aún después de más de un siglo de vejez, hubo una batalla con menor brillo, pero tan animosa y ancha como ésta, a la que venimos refiriéndonos. Y esa aventura de gran velamen lo fue el incorporar a la pobre nacionalidad de entonces un campo de trabajo que vendría, a lo largo de toda su historia, a constituir nuestra mayor industria, el quehacer nacional de más envergadura, la razón que nos educó en el mundo conocido; la que llevó el nombre de la pequeña patria pobre, a los grandes mercados del comercio europeo. A pesar de que para dos siglos el practicar, perfeccionar, engrandecer la labor que entonces se le marcó al ser nacional como la fuente de nuestra salvación económica, aún sigue en el puesto cimero; ocupa el primer lugar de rendimiento; a su riqueza debemos la estructura de nuestro pueblo, la instalación de nuestras instituciones, la norma política de nuestra arquitectura como Estado. Es la costumbre nacional inclinada hacia la tierra y el mirar el cielo para calcular cuando caerán las primeras lluvias.



*Don Juan de la Rosa Sánchez padre de don Julio.*

Se dice, por parte de las personas doctas que han estudiado los primeros días de la Colonia, que fuimos pobres de solemnidad; quizás la más desvalida de las provincias de la Capitanía General instalada en Guatemala, tal vez por ser la más alejada del centro en donde se ejercía el poder de la Corona. Cuentan los historiadores de nuestro primer Adelantado, el salmantino Juan Vázquez de Coronado, que se avino a la pobreza del país y dio tal ejemplo de severa austeridad en su quehacer, que esa fue la norma de la que se alimentaron las ideas de nuestros primeros pobladores. Pero conforme la Colonia fue en aumento de población, las necesidades crecieron hasta el punto de hacerse estrictamente necesario el encontrar una fórmula que aliviara lo esquilmo del Erario, si es que en realidad debíase construir una sociedad capaz de ganarse el sustento con el sudor de la frente, había ánimo para ello.

Trajeron los colonizadores muchos productos nuevos para estos países tropicales con ánimo de aclimatarlos y enriquecer su flora. Asimismo, se llevaron de la América, plantas y frutos desconocidos, hasta las fechas, en Europa. Fue un intercambio que duró siglos.

"Plantas de Castilla" se les llamaba a todas aquellas aportaciones que hacía el español, y entre ellas, vinieron: la Achicoria, el Ajo, Ajonjolí, Alverja, Apio, Arroz, Banano, Borraja, Cafeto, Caña de Azúcar, Ciprés, Coliflor, Chile dulce, Durazno, Espárrago, Espinaca, Eucalipto, Fresa, Guanábana, Haba, Higuera, Lechuga, Lima, Limón ácido y dulce, Mango, Rábano, Repollo, y una serie interminable de productos, y de árboles los cuales arribaron en distintas épocas y de diferentes procedencias, pues muchos de la interminable lista, procedían de otras colonias americanas y se trasladaban para su aclimatación dentro de la política de mejoramiento de la flora nacional. (Historia Agrícola de Costa Rica. Pág. 56 y 57. Obra de A. Sáenz Maroto, 1970).

La Colonia fue un largo aprendizaje del mundo maravilloso que rodeaba a las tierras descubiertas, hasta 1492 aisladas del resto del mundo, pero abiertas ahora no solamente a los productos y al mundo botánico y zoológico, tanto de Europa como de las otras regiones por la obra de los colonizadores, sino a las ideas.

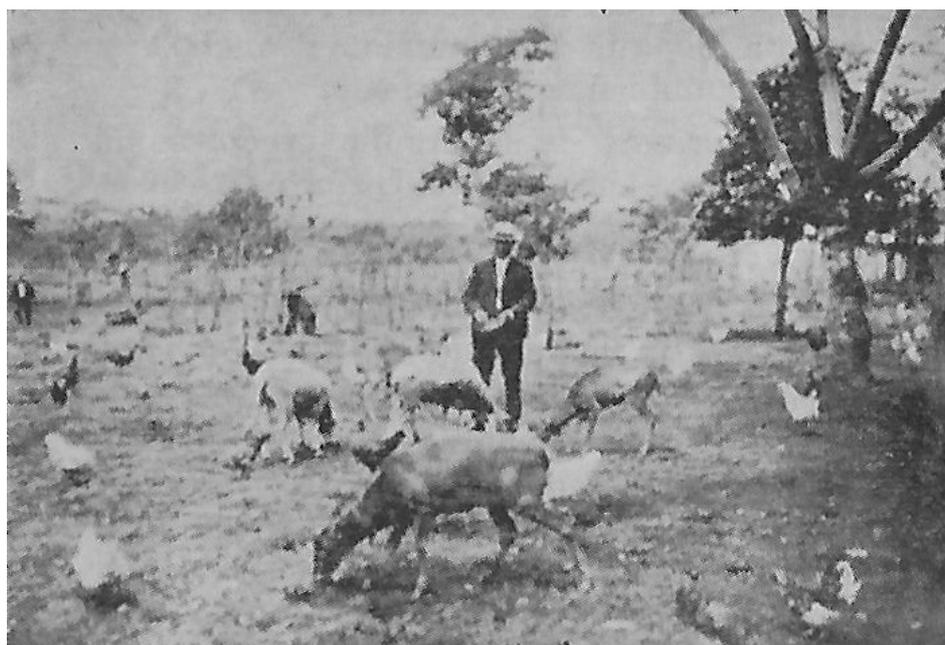
En medio de la lista copiosa, vemos un nombre en cuya semilla está el secreto de nuestro porvenir, la clave para solucionar el caminar errático de la pobreza nacional. Se trata del cafeto, que a juzgar por los primeros informes, tomó en las siembras primerizas como "planta de jardín", la forma de árbol hermoso de gran tamaño, vistoso y decorativo. Fue el Gobernador, don Tomás de Acosta, el que tuvo la primera idea. Cubano de nacimiento, ya había visto en su tierra el producto y se empeñó en encontrar con aquel fruto la orientación de la agricultura en la enclenque provincia bajo su mando. Lo que hizo el gobernador Acosta para lograr que los costarricenses se inclinaran a sembrar en los cerros, en los jardines, en los solares el prodigioso árbol, es de leyenda y más parece un cuento para dormir niños que una grande y feroz contienda, de la que vendría a depender la salvación de la patria que ahora todos vemos, tenemos y gozamos.

Le cupo a don Braulio Carrillo, cuya personalidad rebalsaba los pequeños límites de la República, el darle a la empresa iniciada por Acosta, todo el vuelo necesario para iniciar en los campos de sembradura, la gran empresa cafetalera que hoy exhibe el país, su más importante renglón de exportación, pues logra renombre alto en materia de prestigio pues su calidad es apreciada y distinguida. No vamos a caer en la inmodestia, a la que somos tan dados los nacionales, de asegurar que "es el mejor del Mundo".

Debemos, para ser recatados, modestos y prudentes, no afirmar como es usual a grito herido, que nuestras virtudes y productos sean el "desiderátum", sin caer en cuenta de que "el mundo es ancho", y parece también, que es ajeno.



*Don julio en su cabalgadura.*



*Don Julio en el patio de su casa, rodeado de animales domésticos.*

El formato de la amplia organización cafetalera se estructuró al correr de los años. A ella contribuyeron hombres del país y extranjeros radicados o que vinieron a radicarse aquí. Goza el país de buen clima, tierras ricas aunque quebradas, pero ello, precisamente, es lo que hace posible la existencia de grandes valles umbrosos, estriados de aguas, cobijados de lluvias certeras. La exuberancia con la cual se daba, por temperatura, fuerza de la tierra, forma de desarrollo de la estación que nosotros llamamos invierno, hicieron del cafeto la agricultura por excelencia. A ello, vino a reforzar, ya el grano en el mercado, la fina calidad, el rico aroma, la palatibilidad de nuestro producto, frente a otros, de similares procedencias, pero sin la refinada virtud de la clase.

Se cuentan historias pintorescas de los primeros costarricenses que lograron cobrar en buenas libras esterlinas, la exportación del producto. —He oído historias que parecen fábulas de viejos agricultores de menguada traza, que con las bolsas de oro llenas, les dio por encaramarse en "landos" de dos troncos de caballos, para pasear por caminos que distaban mucho de parecerse a las avenidas elegantes de Europa. Hubo, pues, por lo que dicen, una fiebre de café, como en los Estados Unidos la hubo del oro. Cuando la república cumplió su mayoría de edad, la gran empresa nacional cafetalera, había logrado armar sus líneas, trazar su arquitectura con un sentido de organización comercial, al tono de la época, y fue, entonces, cuando el país encontró su primera senda de progreso y comenzaron a destacarse los grandes capitanes que dirigirían la batalla. Son muchos los títulos que podríamos citar aquí. Pero este pequeño libro reduce su campo de exposición a uno: costarricense, totalmente nacional, hombre de provincia, sin perfiles políticos. Se trata de un gran trabajador. La sencillez en el trato, la agudez del águila para conducir lo que llegaría a ser uno de los más, sino el más amplio emporio cafetalero.

Lo conocí ya de viejo, retirado y enfermo. Pero en la sombra de la sala, en la que me recibí, cuando era el que escribe un jovenzuelo corre caminos y gasta-suelas, lo vi en sus virtudes esenciales: ponderado y discreto, astuto y hábil en la conversación: poseía un pensamiento justo y de honda preocupación por los problemas que la patria afrontaba. Se mostró cordial, aunque receloso.

Sostuve con él una conversación más larga de la que merecía, dada mi juventud, mi ignorancia en el campo sobre el que indagaba para ganarme los frijoles, y de ella logré una visión integral y conmovedora, como quien ve a un gigante que reposa, tras 70 años de trabajar la tierra.

Era blanco, no muy alto y lucía, como adorno luminoso en la faz austera, larga y enjuta como la de un castellano, dos ojos penetrantemente azules, por los que se le adivinaba la firmeza del carácter, la exacta medida del tiempo y de la distancia.

Tenía, entonces, más de setenta años, aquel gran capitán del campo que se llamó don Julio Sánchez Lépiz.

### 3

En el Agosto de 1862 fue presentado a la pila bautismal de la Parroquia de la ciudad de Heredia, un niño que había venido al mundo el 22 de julio del mismo año de gracia, al que el agua de cristianar, por mano del teniente cura, Presbítero don Manuel Torres, le impuso los nombres de Julio Lorenzo de Jesús, y que era hijo legítimo de Juan de la Rosa Sánchez y de Josefa Lépiz. Lo tenía en brazos la señora madrina, doña Narcisa Landember, y después de la ceremonia, todos firmaron, tanto el teniente cura, como Juan Bautista Val-verde, que por lo visto, era el rapavelas de turno.

Era jefe de aquella casa, situada entonces y todavía en San Francisco de Heredia don Juan de la Rosa Sánchez, un tipo perfecto del costarricense de la época. Existe un retrato que lo muestra en todo su carácter: abrochado en el cuello el chaquetón clásico; camisa blanca sin corbata; mirada firme, gesto revelador de voluntad vigorosa; frente despejada, un si no es de amargura en los labios, sobre los que se tiende un bigote recortado; nariz recta, ojos ligeramente tristes, con un mirar lejano. La redondez de la cabeza y el mentón acusado; la actitud sencilla y al par firme, dan, al personaje retratado, el vigor que posee un nombre acostumbrado a la empresa vasta. Así era en realidad el hombre. Había nacido a comienzos del siglo y cuando nuestra nacionalidad intentaba sus primeros pasos sobre un camino libre y bajo un cielo ya nuestro. Corría el año de 1824. Bien pronto don Juan de la Rosa Sánchez se transformó en el conductor del café al exterior. No existía, por no haberse iniciado aún, el Ferrocarril al Pacífico, ni se le daba término aún al del Atlántico, cuando el café, por obra del genio de un costarricense de visión, llegaba a los mercados europeos al través de Puntarenas. Una inmensa empresa de carretas —debió ser igual que una fila de hormigas— daba tumbos por los caminos que unen a Atenas con Orotina, y de ahí al puerto. Y así como llevaba café, traía las importaciones. Si hoy, en un tren eléctrico, el viaje de cuatro horas es pesado, es fácil imaginar lo que sería el ir y venir en carreta, máxime en nuestra rigurosa estación lluviosa, por aquellos perdidos rumbos de Dios. Esos eran los hombres que después fueron a la guerra contra el filibustero, de la cual, fue más dura la caminata que la batalla. Era, como se ve., otra época y otros hombres. De esta empresa de don Juan de la Rosa Sánchez, se logra el tono viril de aquella gente, y se comprende cómo fue posible, no sólo el ganar en Santa Rosa y en Rivas, sino, la terrible jornada del San Juan, la captura de los barcos de la Compañía del Tránsito, y con ello, la campaña de posiciones del río y del lago, hasta acorralar al bucanero en Rivas y lograr su rendición. La importancia de esta empresa sin par radica en que ella es el reflejo del temple nacional durante los tiempos en que la república niña, daba sus balbucesos y se aventuraba a sus primeros pasos. Relucían entonces las virtudes patrias, templadas en la pobreza y en la austeridad, con sus más brillantes fulgores. Cien años después, un joven melencólico, que ha leído a Marx y cultiva a Lenin, con mano torpe y con el alma sucia, escribe en la pared de una casa cualquiera el infamante rótulo de "¿150 años de qué?"

La revista "Latin american publicity bureau", al referirse a este extraordinario hecho, habla de la "hermosa carretera" entre la Meseta Central y Puntarenas, "que siempre presentaba un aspecto alegre y característico que causaba alegría y sorpresa a naturales y extranjeros, contemplando las interminables filas de carretas, con su pintoresco equipo, que aparecían de trecho en trecho, por aquella vía". La empresa de don Juan de la Rosa Sánchez transportó los rieles, las locomotoras y los carros que habrían de usarse para hacer el primer tramo del ferrocarril que unió a Alajuela con San José y Cartago.



*Doña Emilia Cortés de Sánchez, esposa de don Julio.*

Esto que tan fácil es escribirlo, vino a constituir un hecho del tamaño que escapa a las posibilidades humanas, pues el material incómodo y pesado recorrió una distancia de más de sesenta kilómetros y ascendió a una altura, desde el mar, de más de cuatro mil pies.

El renombre de nuestro pequeño país inicia su vuelo cuando hombres trabajadores, ambiciosos y arrojados, fuertes y sobrios, dieron muestra de la raza que comenzaba a construir una patria tal y como ellos con su imaginación la habían soñado.

Murió este capitán del trabajo en el año de 1906. Recogió el cayado, el azadón y el hacha su hijo, don Julio Sánchez Lépiz, cuya vida, no menos brillante que la paterna, cierra un ciclo patrio ante el cual, los costarricenses de hoy, deben entenderla ejemplaridad como herencia. Tal vez, la más alta que nos ha sido dado recibir de nuestra historia.

Julio Sánchez Lépiz empuñó de joven el chuzo y no lo guardó por el resto de su vida. Decía él mismo que lo tenía colocado tras de la puerta, por si el sino aciago lo retornaba a empuñarlo. Alzó el más grande imperio de café que en nuestro país se haya visto en este siglo y en todo de lo que haya memoria. Exportó más de 20.000 quintales al año. Alcanzó a tener siembras del producto con una extensión superior a las dos mil manzanas. Construyó y puso en operación, 7 beneficios que no solamente perduran, sino que se modernizaron y aumentaron. Primero, eran de grandes palios para la seca del fruto maduro, después, con maquinaria moderna, más adecuada, dados los adelantos de la mecánica y de la ciencia eléctrica. Afinó y seleccionó la producción y calidad del grano, hasta el punto de que su marca cobró justo precio y fama en los más exigentes mercados europeos. Extendió sus actividades a la ganadería, iniciando labores en una vasta extensión de 25 mil manzanas en el centro del Guanacaste, que llegó a ser, primero, una gran empresa ganadera, y después de su muerte, un emporio de carne y azúcar, que hoy, en plena zafra, tramonta la producción diaria de tres mil quintales. Adquirió tierras en sitios inaccesibles. Solo, porque nadie se atrevía a acompañarlo, hizo siembras en esas regiones para producir trabajo y riqueza. Usó en el desarrollo de sus actividades un concepto social cristiano, involucrando a sus peones dentro de un sistema paternal de salarios justos, viviendas, atenciones médicas personales y familiares.

Recorrió sus extensas tierras desde el alba al anochecido, y aun, ya entrado en años, se le vio, caballero en su potro, sin temor al aguacero, ni al camino peligroso, ni duda en la "boca" del animal que montaba. Su nombre constituyó un punto de referencia en el campo del trabajo, que nadie alcanzó jamás. Fue sobrio, cristiano, caritativo, de corazón ancho, de espíritu bravo y generoso, de valor indudable, de agudo ingenio, de vigor inacabable. Salvó a un presidente de Costa Rica, en los momentos en que por las circunstancias de la política, estaba amenazado de cárcel en los Estados Unidos. Perdió tres hijos, y una hija; uno, trágicamente, en plena calle, atravesado de un tiro en horas de guerra civil, y otros dos en la flor de la vida, minados por enfermedades que se los llevó en la mitad de su juventud promisoria.

Fijó el precio del café, alterando la costumbre rutinaria de la época. Intervino, con sus hechos, en la Economía Nacional. Ayudó a instituciones de Caridad, discreta y oscuramente.

En lugar de echarle los perros, recibió en su sala a un periodista chiquilicuatro que atrevida y descaradamente, requirió sus opiniones sobre un tema candente de política económica nacional. Fue un auténtico "guayacán", un "hito" en el camino, un patriarca, poderoso y rico. Llegó a ser "El Rey del café".

Y escribió, el 9 de Enero de 1930, una carta. Se le conoce, como "La carta de Taboga". Es un documento corto y conciso. Pareciera la página que no existe aún en nuestra Constitución, o arrancada de los folios de la Biblia. Superó a la Muerte y fue un basamento en el edificio de la República.

Pero nunca aceptó una curul en el Congreso.

Dentro del campo del trabajo de la tierra, Julio Sánchez Lépiz, constituye una réplica de lo que en la guerra, significó la fábula colombiana del coronel Aureliano Buendía. Y como aquél, superó si ello

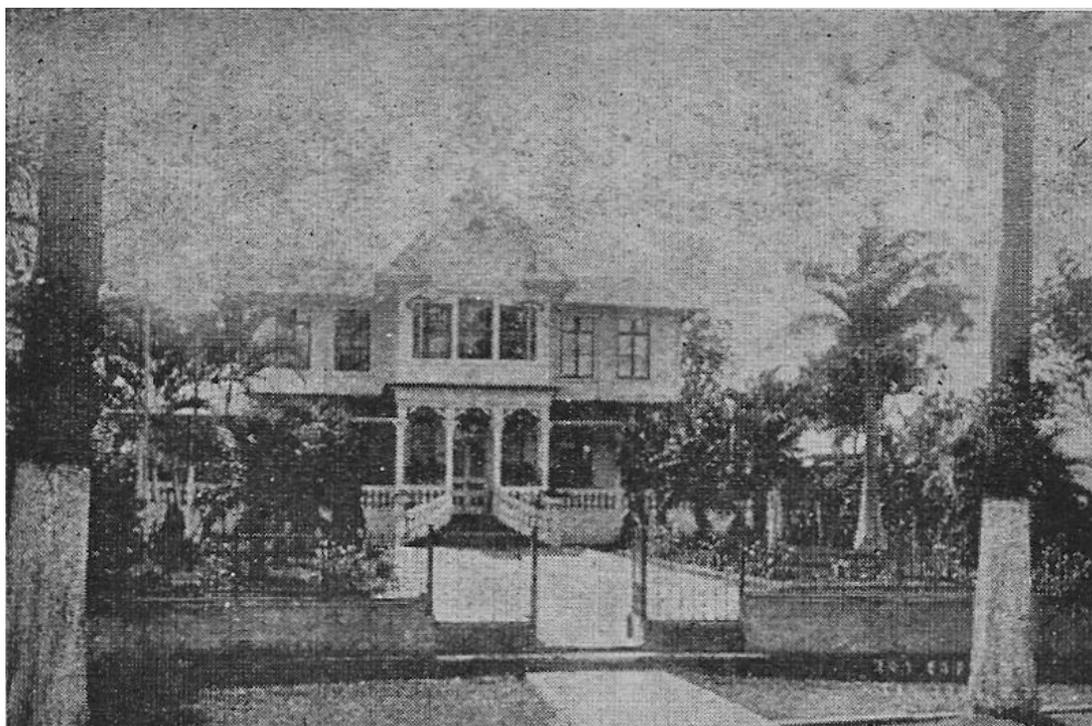
fuera posible, la talla de su padre, como el coronel Aureliano lo había hecho con la de el primer José Arcadio. Los hechos de la realidad y de la novela, sobrevuelan la medida de lo factible y entran dentro de lo mitológico, por la densidad, y la desproporción.

Como siempre, lo humano rebalsa lo imaginativo.



*Transporte mecanizado del café de la empresa de don Julio Sánchez Lépiz.*

Si alguien estuviera interesado en hacer una fotografía integral del espíritu de este hombre, colocaría una palabra máxima como virtud cardenal: la ponderación. En los países tropicales, en donde la opulencia y la miseria andan del brazo, la ponderación es una calistenia desconocida. Cuando un hombre asciende en el medio económico, en el social o en el político, su más acechante peligro es la pérdida de la medida, la visión turbia de las proporciones. En los medios económicos y políticos, el "arrivismo" es una práctica corriente y populachera. En el medio intelectual, el "bombeta" constituye el "specimen" más descollante. En los campos universitarios prevalece el clavo y el cartón guindando, como un trofeo de una batalla de angustia por sacar la cabeza por algún lado, aunque lo sea al través de un albañal. Sólo los recios patricios que bebieron aguas de otras épocas más trascendentes, cuando los valores morales tenían calidad y permanencia y estaban fijos en el corazón del hombre, como lo están los astros en el ámbito, fue posible el patrón de medida, discreto, modesto, con la terne templanza del capitán de corazón bien puesto. Don Julio Sánchez lo fue, y no sólo lo fue él, en si, como conductor de tantas empresas de trabajo, sino que moldeó el funcionamiento, acomodó la máquina, armó el andamiaje, bajo la inexorable consigna de la ponderación en lo económico, en lo social, en lo laboral. Fue, pues, simplemente, algo más que un trabajador. Analizada la obra, erguida e intacta muchos años corridos de su muerte, no se le atisba ni una rajadura, ni un trastrueque de sentido filosófico, ni siquiera el más pequeño rasguño en cuanto a las bases, a la formación vital y a los principios sociológicos y filosóficos, que él echó con su mismo azadón y marcó de límites, posiblemente, con el propio y viejo chuzo que tenía tras de la puerta.



*Casa de don Julio Sánchez Lépiz en San Francisco de Heredia.*

Se ha hecho el elogio del tamaño de ese complejo agropecuario, orgullo del país, que se cobija bajo el título de "Julio Sánchez Lépiz Sucesores". Siendo el aspecto de la empresa, la de una verdadera batalla realizada hasta en sus menores detalles con pulso firme y con ojo de águila, lo que a juicio del autor destella más, es el fondo humano, la medida exacta, la actitud discreta, el vigor y salud de la empresa, el tino y la prudencia, en todas las actividades de ella, como si la caldera nutricia central, obedeciera a medidas exactas y cuidadosamente revisadas por el fundador de la gran cruzada.

Duerme don Julio Sánchez Lápiz desde el año de 1934. Cerró los ojos a los setenta y un años, con los "idus" de Marzo. Pero sus líneas logísticas, su pensamiento definido, el ideal y la formación moral, que llevó a través de sus largas batallas, está intacto, como si el hálito que inspirara la larga jornada se contuviera en urna de vidrio, animado de una llama, a la manera como se eterniza el fervor de un pueblo alrededor de sus símbolos conductores y magníficos.

Esta virtud, que consiste en la mágica conjunción del espíritu estoico y la humildad, une, como en el trono del santo, la estameña y la púrpura. Pero en el caso de nuestro luchador, nunca la púrpura apagó a la estameña, ni nunca el oro opacó a la pobreza.

El anecdotario es la historia en detalle. Y los detalles, a su vez, constituyen el retrato profundo de la historia. Generalmente el anecdotario está basado en hechos. Las frases, que también tienen una trascendente importancia, se catalogan aparte. Pueden formar, incluso, todo un proceso político, o bien una economía "sui generis", o bien, una actitud filosófica. Pero las frases, con ser básicamente una muestra de síntesis dialéctica, no alcanzan la importancia del hecho. El hecho en sí, sea ejemplarizante o desmoralizador, constituye un "hito" o una muestra "de lo que debe o no debe hacerse". El hecho es la frase integrada, cubicada, hecha volumen. Es indudable que la frase, puede o no, estar al alcance de todas las mentalidades, pero generalmente corresponde a mentes superiores, capaces de la síntesis. El hecho, por el contrario, no requiere tesis, ni antítesis, ni síntesis: lejos del proceso hegeliano, es una voluntad en marcha. En el fondo, constituye la inmediata conducta de un hombre frente a su problema. Está exenta de toda elucubración y ajena a toda dialéctica histórica. El hecho vive por su fuerza misma de movimiento, y carece del adobo, de la crítica, de la interpretación. Posee, además, y como máximo atributo, que está dentro de la medida de todas las mentalidades, y no requiere el ejercicio de la cultura académica; es de generación espontánea, y brota por la misma razón por la que se mueve el universo. Constituye, pues, un privilegio accesible a todos.

No hay mejor manera de conocer a un hombre, que el de viviseccionarlo en los actos de su vida. Si revisamos la historia, nos encontramos con la paradójica situación de que los hechos no coincidan con las frases, teniendo ambas expresiones una misma fuente original. Los hombres grandes, son muy dados a estas suspicaces situaciones. Pero, si bien lo miramos, pronto nos hemos de dar cuenta de que el "hombre", como experimento inacabable, resulta interesante si es grande, como si es pequeño. No se requiere el puesto público, ni la actitud política, ni el gran acopio de cultura, ni siquiera un escenario propicio, para descubrir, en un ser colocado al margen de todo el espectáculo, un mensaje de proporciones inauditas, actor de hechos profundos, aun no brillantes, pero sí trascendentales.

Julio Sánchez Lépiz es uno de los más genuinos casos del país. Si nos adentramos en su anecdotario, que desde luego no es registrado por la historia general, encontraremos a un forjador de la patria, sin que para cumplir su trayectoria luminosa, haya sido necesario que ocupe, a lo sumo, una curul de diputado. El campo político es, innegablemente, el más propicio al brillo, a la expansión de los hechos y de las frases, pero, no por ello se puede afirmar que todo cuanto se haga en la patria y por la patria, ha de estar circunscrito a ese campo. Existen seres cuyo peso gravita sobre el "quehacer nacional" con igual poder que si estuvieran actuando en un deslumbrante escenario, cuando en realidad, su pensamiento y su actitud, se expanden con violencia y con razón, desde puntos oscuros de la vida nacional.

Si emprendemos un retorno al pasado, y nos aventuramos por los años de la segunda década del siglo, hemos de tropezar con el hecho de importancia que nos da la primera definición del hombre. Corría el año 17. Un día de enero de aquel año, el General Federico Tinoco Granados, Ministro de la Guerra del Presidente en funciones, Lic. don Alfredo González Flores, se apoderaba del Cuartel de Artillería, (hoy ocupado el sitio por el Banco Central) y conminaba al primer Mandatario a deponer el mando.

El Ex-presidente González Flores, ya depuesto, viajó a los Estados Unidos, en donde viviría durante el tiempo que duró el Gobierno del General Tinoco, posteriormente electo por votación popular. A su vez, el General Tinoco cayó del poder, dejando el mando en el General don Juan Bautista Quirós, primer designado y trasladándose a Europa, dos días después de caer abatido por dos disparos certeros de pistola en la esquina de "La Marmita", (a una cuadra al Sur de su propia residencia) el Ministro de la Guerra, hermano del mandatario y hombre fuerte del régimen, General Joaquín Tinoco Granados, —a las 7 de la noche del 10 de agosto de 1919—.



*Don Julio y su hijo Carlos Sánchez, en los extremos, al centro, don Isaac Morales.*

En los Estados Unidos, el Lic. Alfredo González Flores inició una serie de publicaciones contra un tal Lincoln Valentine, millonario americano de brusca y no clara vida en los asuntos comerciales del petróleo, que habían sido planteados al país, a finales del gobierno del Lic. González Flores. Trataba éste, en sus escritos, de demostrar la complicidad de Valentine con los autores del "golpe de Estado", (genuino "golpe de Estado", y no como lo que ahora, con inigualable desconocimiento, se asegura, llamando así a lo que puede ser una "revolución", "atentado", "guerra civil", pero no "golpe de Estado"). Valentine acusó por calumnia al Sr. Ex-Presidente. Para evitar que fuese detenido, se le obligó a depositar una fianza de \$25.000.

Corría ya el año 20. El Gobierno instaurado después de la caída de Tinoco, asumió la responsabilidad del litigio, porque sus elementos constitutivos significaban una restauración de la política del Lic. González Flores. El asunto tomó un cariz doblemente peligroso, por el hecho de que el Ex-Presidente podía perder el pleito en la Sala de Apelaciones de la Corte Suprema, y ello equivalía a la retención de la fianza, cuyo importe, desde entonces y por muchos años más, ha seguido siendo una cantidad desmesurada e impresionante. El Gobierno cablegrafió a la casa Montealegre y Bonilla de Nueva York, para que diera la fianza con la garantía del Gobierno de Costa Rica. El Lic. don Alfredo González Flores regresó a la patria. Pocos días después, el Sr.

Valentine ponía en conocimiento de su representante en Costa Rica: La División de Apelaciones de la Corte Suprema, por fuerte decisión de los siete jueces, reafirma el arresto de González. Establece su responsabilidad por publicación de libelos y retiene su fianza de veinticinco mil dólares".

Como a Dios gracias vivimos en una república democrática, ocurrió, entonces, lo que ocurre ahora, y lo que seguirá ocurriendo, Dios mediante, hasta que se termine este pícaro mundo al que según "Nostradamus", le vaticina poco. Se armó el debate público. Dentro del Gobierno, algunos personeros se mostraban inclinados a que fuera el Gobierno el que perdiera el dinero, pero, según otros, alegaban, al parecer con justas razones económicas, constitucionales y un poco excesivamente estrictas, que el asunto correspondía al campo personal, (y en ello, aun no estando de acuerdo con la actitud, tenían más razón que un Santo) y por ello, no entraba dentro de la incumbencia del Gobierno. El Lic. don Alfredo González se puso al habla con el Consejo de Gobierno —se dijo— haciendo oferta de firmar deuda por la suma mediante un pagaré que se cubriría en abonos. Malos vientos le corrieron a la propuesta, tenida cuenta de que si perdía el pleito, el Gobierno confrontaría dificultades. Hablaron por los periódicos los Ministros de Relaciones y Hacienda, e intervinieron en el debate, los periódicos de la época, "El hombre Libre" y "La Gaceta".

El asunto llegó a su momento más quemante, cuando el Lic. don Andrés Venegas, Ministro de Relaciones Exteriores, externó su criterio opuesto a que el Gobierno cargara con la fianza; y el Lic. don Carlos Brenes, de la cartera de Hacienda, puso punto final a la inquietud nacional, con una breve carta que copiamos:

*San José, enero 30 de 1920.*

*Señor director de "El Hombre Libre".  
Presente.*

*Señor mío: Ayer y hoy me interpela usted para que dé una explicación sobre un asunto relacionado con los fondos públicos.*

*La Secretaría de Hacienda, mientras ha estado a mi cargo, no ha dado fianza ni otra garantía al Lic. don Alfredo González en el litigio con el Sr. Valentine, ni con otra persona.*

*En ninguno de los libros de dicha Secretaría aparece decreto o acuerdo ni resolución que autorice tal garantía.*

*No he asistido a ninguna reunión del Consejo de Gobierno en que haya estado presente el Sr. González y se haya tratado de este asunto.*

*Soy de Ud. atento servidor,*

*Carlos Brenes*

Toda la gama de lucubraciones callejeras —sobre todo alrededor de los arreglos que la fantasía armaba relativos a pagarés— quedaron paradas en seco. La Sala de Apelaciones de la Corte Suprema hacía efectiva la fianza. El Gobierno se negaba a intervenir. La posición del Lic. González Flores —cuya labor tributaria ha sido enjuiciada y enaltecida como obra de uno de los más insignes estadistas que haya gobernado el país— se tornaba delicadísima.

\*

\*\*

Julio Sánchez Lépiz depositó a la orden de Montealegre y Bonilla, en Nueva York, la suma de \$ 25.000 para zanjar la situación.

Sólo pidió, como un favor especial, que su nombre no fuera conocido por el público. Se respetó, entonces, su deseo.



*Don Julio Sánchez Lépiz, rodeado de unas empleadas.*

Muchos años después, fue don Manuel Marín Quirós, abogado, guadalupano y hombre de brega, quien hiciera la "Ley que regula las relaciones entre los pequeños productores de café y los beneficiadores del grano". Por aquellos tiempos, las leyes las hacían los costarricenses, construyendo sus articulados de acuerdo con la idiosincracia nuestra, tenida cuenta de nuestra economía y manera de ser, de nuestra forma de vivir y de nuestra conducta social. Quizás esa ley sea la última que se estructuró acorde con el país. Después, comenzaron las leyes "calcadas" de otras legislaciones cuyos resultados nos han llevado a la situación actual. En muchos casos, se nos encasquetaba lo que era bueno para el ganso, pero no para la gansa.

Por aquellas épocas, el problema de fijar el "adelanto" del precio del café había llegado a constituir el "rompecabezas" de la industria. Cualquiera que esa cifra fuera, embebía a productores pequeños y a beneficiadores, en una dilatada e incommensurable discusión. En el negocio —especulativo— del precio del café, andaban del brazo productor y beneficiador, a tal punto, que para los pequeños, la espera era larga, la ansiedad, asfixiante; la duda, exahustiva. Y ocurrió un hecho de importancia que cambió el aspecto de la situación.

Corría el año 27, y estaba en los finales, allá por el mes de los Santos y de los Muertos. Se reunía entonces, en la ciudad de Heredia, una Asamblea de Beneficiadores de café, para ponerse de acuerdo en cuanto al precio corriente, que se fijó en ₡ 80 por fanega. Asistió a la Asamblea nuestro don Julio Sánchez, y, en determinado momento, tomó la palabra para anunciar que pagaría en sus beneficios la cantidad de ₡ 100, superando el límite prefijado anteriormente por los otros beneficiadores. Resumió su pensamiento en "La Tribuna", diario de la época, en las palabras que reproducimos a continuación:

*"Yo pago ese precio de manera condicional y de preferencia a mi antigua clientela, los pequeños cosecheros. Y digo, condicionalmente, porque no podría recibir en mis patios cantidades del producto superiores a las capacidades de los mismos; sólo puedo comprar de dos a trescientas fanegas diarias. El precio que he fijado de ₡ 100 no es caprichoso; obedece a circunstancias actuales de los mercados extranjeros y podré seguirlo pagando por todo el tiempo que no varíe esa situación."*

La fórmula del Sr. Sánchez, constituyó una norma recibida con enorme júbilo por todos los pequeños cosecheros, y tuvo, además, la aprobación y el elogio de distinguidos y poderosos beneficiadores de entonces.

La actitud de Julio Sánchez, que a simple vista pareciera exclusivamente un aumento del precio de la fruta entregada, tenía un trasfondo de mucha mayor trascendencia. Evitaba que el pequeño productor jugara, junto con el beneficiador, el doble papel de especulador. Los riesgos en el negocio, desde ese momento los absorbía el beneficiador en forma integral, y el cosechero estaba marginado desde ese momento en adelante, de las congojas del precio. La medida cambió totalmente el aspecto del desarrollo de la industria. Dentro de este campo, la señera figura de don Julio Sánchez constituye la presencia de un innovador.



*Otro aspecto de don Julio, en el patio de su casa.*

Nos parece adecuado entrar dentro del campo del pensamiento de este hombre. Siendo, fundamentalmente, un varón entregado a la batalla diaria del campo, de los negocios, de la gran empresa nacional del desarrollo, su pensamiento debe bullir amoldándose, juzgando, sintetizando las situaciones diversas a que la vida lo somete. . Vale pues, la pena espulgar aquí y allá en la búsqueda del trasfondo mental que guiaba la acción del luchador.

Don Julio Sánchez, como muchos otros grandes hombres de su tiempo, no frecuentó mucho las escuelas y menos las Academias, ni entró en el contacto con la "gaya ciencia". Pero ello no tiene ningún relieve deprimente. La sabiduría generalmente es una asignatura que no está registrada en los programas oficiales de enseñanza, ni se logra con una asistencia a los jardines por donde transcurren los filósofos. La sabiduría la desparramó Dios por los caminos, calles, montes, en horas de dolor y de alegría, cuando olvidó el Rey Salomón incluir den tro de sus lamentaciones: "el tiempo de trabajar", quizás porque todos los tiempos son de trabajo. Y por esos vericuetos de Dios, vino a aprender su sabiduría aquel valioso costarricense.

De sus reportajes, que siempre había rehuido. De sus conversaciones insoslayables con vecinos, colegas, cofrades de la lucha, se puede sacar la esencia de su pensar, escueto e incisivo. Algunas no tienen la brevedad de la "frase célebre", pero siempre están llenas de sabia y discreta verdad.

Encontraremos en su actitud un "socialista", pero en la interpretación ortodoxa del término, y no en el enredo que después han hecho los hombres de esa teoría filosófica y económica.

\*  
\*\*

"Hay que comprar el crédito", afirma. "Un hombre sin crédito, nada vale". (Se cuenta una anécdota sobre este aforismo. Don Julio, en los comienzos de su labor, pedía cantidades en préstamo. No las invertía. Pagaba rigurosamente los intereses, y el día del vencimiento devolvía puntual e íntegramente la suma. Así adquirió buen nombre de pagador exacto. Fue una forma "sui generis" de crearse lo que sería su crédito.)

\*  
\*\*

"Si pago bien, puedo exigir buena calidad del grano. Es decir, compro la «flor» del café". (Si pago mal —agregaba— tengo que comprarlo todo, sin selección.)

\*  
\*\*

*"Dejemos que don Cleto resuelva los problemas nacionales y dediquémonos nosotros a sembrar maíz y frijoles". (Esta frase es fundamental dentro de la teoría de don Julio, porque contrasta violentamente con la actual, en que no se siembra, y todo el mundo, hasta los niños de las escuelas, quieren arreglar los problemas del país.)*

*"El mayor mal de Costa Rica está en la manía que tenemos de opinar sobre todos los problemas".*

*"La empleomanía es una enfermedad que debemos combatir, ya que aquí sólo se piensa en vivir a costillas del Erario". (El pensamiento es válido ahora en una forma dramática) .*

*"Yo estuve poco en la escuela. Por esa circunstancia, me duele el corazón cuando veo que falta un maestro y un edificio escolar".*

*"No podemos rebajar los salarios? porque sería reducir a la miseria a los peones. Eso es inmoral, sobre ser peligroso para la paz de todos".*

*"Me repugna ese sesgo que están tomando las campañas políticas. Sufre con ello la seriedad y el prestigio de la República".*

*"Por la educación, a la fuerza o como sea, hay que hacer del trabajo algo obligatorio. Trabajando todos por parejo y por igual, esta Costa Rica sería un Paraíso".*

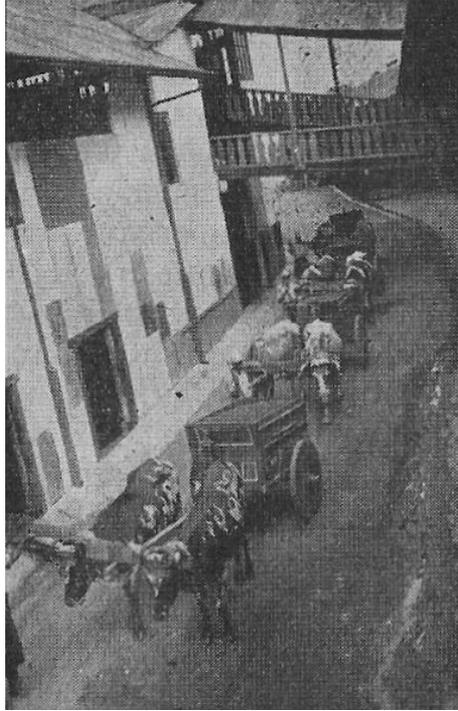
*"Lo que más debe preocupar al gobierno, son los hombres sin trabajo".*

*"El error consiste en pensar que los que hemos hecho cuatro reales tenemos ya el derecho de opinar sobre todo y la pretensión de saberlo todo".*

*"La constitución sólo exige que sepamos leer y escribir para ser diputados. Ya debiera ser más exigente".*

*"Aquí somos dos soldados nada más. (Don Julio se refiere a don Luis Dobles Segreda que lo acompañaba) Pero yo tengo trescientos peones y seis camiones. ¿Quiere que los traigan?" (Diálogo con el Sr. Presidente, en las primeras horas del Bellavistazo).*

*"De lo que estoy convencido es de que uno no necesita más tierra que el pedacito donde lo han de enterrar".*



*Transporte del café en carretas, 1930.*



*Patio de beneficio de café en las propiedades de don Julio Sánchez, en San Francisco de Heredia, 1930.*

Hemos recogido pensamientos sueltos, frases dichas en entrevistas, palabras de la charla familiar; todo cuanto se recoge, conlleva una actitud severa, un patriotismo encendido y modesto, un ejercicio de la vida y del derecho ciudadano, ponderado y eficaz. No hay desperdicio en ningún momento. La hojarasca es desconocida; como la retórica, es obsoleta, inexistente, podría decirse más adecuadamente.

Pero aun siendo todo ello muy importante, donde la filosofía de don Julio Sánchez condensa su contexto, sintetiza y arquitectura los conceptos básicos no solamente de su quehacer particular, sino de una forma aplicable a la salud y generosidad de los costarricenses, como conglomerado humano, es en lo que han dado en llamar "La carta de Taboga".

Nuestros grandes valores del pasado dejaron, en diversas ocasiones, muestras epistolares que han venido a ser "testamentos" doctrinarios de ejemplaridad sin par.

La armadura jurídica del país presenta un aspecto "sui generis", en el hecho de eme al contexto cerrado de las leyes, pareciera que se le agrega una gran cantidad de manifestaciones de la sociedad como tal, y de los individuos que la integran en particular, que lo mismo son frases dichas en oportunos momentos históricos, como pueden ser telegramas cursados en instantes en que su escritura constituía una interpretación legal, o cartas, cruzadas entre varones de la República y el Estado, como entre dos particulares, cuyo prestigio, a veces, se acrecentó exactamente por el sentido de las grafías cruzadas. Son palabras que logran en momentos oportunos, dar una norma, ya sea de conducta, como de ritmo, como de pensamiento. Nuestro país ha sido muy afortunado en este quehacer, cuyos pormenores, o cuyas menudencias, (pues a veces han sido menudencias), han ido formando un acervo, casi un ancestro, un tesoro, en todo caso, que integra gran parte de nuestra cultura.

No es corriente que tales fenómenos sean comunes a otros países, o por lo menos, tengan también prolífera existencia en ellos. Hay un hecho evidente que no admite debate: Costa Rica ha logrado 150 años de vida republicana, en la que la calidad de los varones que pusieron el puño sobre el timón del Estado, con ligeras y fugaces excepciones, fueron gente de estirpe, y al aplicar el sustantivo máximo de la calidad humana, me refiero a la bonhomía, a la nobleza, generosidad, modestia, sabiduría, valor, patriotismo, "lo cabal", que es como decir, "lo caballero", resumiendo en esta palabra tan venida a menos, la conducta impecable de quien pone el respeto a sí mismo por encima de todos los avatares de la vida. Esta feliz coyuntura no es solamente aplicable a los Jefes de Estado, que aun siéndolo mucho y en mucha parte partícipes de lo referido en las líneas anteriores, no forman el todo, ya que, ciudadanos de grande o pequeña o ninguna figuración política, en determinado momento estamparon, en el libro de nuestra Historia Patria, un pensamiento; dejaron constancia de un acto, acertaron a concretar una fórmula. No ha sido, pues, monopolio, de los grandes hombres de Estado o de los menguados en tamaño, pero respetables siempre, que ocuparon la alta magistratura. El cúmulo de hechos, afirmaciones, palabras cursadas por carta o malabares de ingenio en momentos propicios, ha venido a formar una extra-constitución, como un decálogo menor, en el que se encierra el espíritu de nuestra nacionalidad, que es como decir, el estilo de nuestro pueblo, que, pese a las zarandajas de tanta cosa postiza que nos ha llovido del cielo, se mantiene permanentemente vivo en el corazón hasta del último campesino "químicamente puro".

Esta es nuestra Extra-Historia, porque, como ya se dijo en alguna ocasión anterior, la Historia es el relato de los hechos políticos y la Historia de los hechos sociales, es la historia de las masas pero tenía que existir una historia del hombre, en este caso, una historia de los hombres, que registrara el estilo del pueblo. Ese texto, desvertebrado, volátil, no incluido en Código alguno, no sistematizado, ni catalogado, ni archivado, ni foliado, ni enumerado, pero sí vivo en la sal del espíritu nacional, constituye la base fundamental de nuestra sociedad, y contiene, en forma inalterable, conservada y llameante, lo que podríamos motejar, "la esencia de lo costarricense".

Es muy posible que la nacionalidad haya sufrido cambios estructurales, a veces básicos, en otras, funcionales, hasta el punto de parecer que ahora son las cosas como debieran, pero el caso es que la "esencia de lo costarricense", aún colocada en el desván de la conciencia, y sin siquiera un culo de vela que le preste luz, continúa viva, permanente, sin apagarse nunca, pésele a las circunstancias

momentáneas, o al gritar de los energúmenos, por una patria distinta y mejor. ¡Como si fuera posible mejorar la condición de los que tuvieron la condición de "esencia costarricense".

\*  
\*\*

De todo ese fárrago —nuestro mejor resumen de cultura— debemos señalar, como excepcionales, dos cartas; una está firmada por el ilustre hombre público, Cleto González Víquez, de tamaño inusual en el medio, de cuya estatura da buena medida de su talla ese documento, en el que rechaza la oferta de un ciudadano, en su tiempo diputado al Congreso, para facilitarle los medios económicos que cubrirán los estudios en el extranjero de los hijos del prócer.

La carta es muy conocida y constituye una página ejemplar, en lo que tiene de tratado de modestia y de austeridad; dos virtudes que nuestros grandes varones del pasado ejercían con la frecuencia y la elegancia que los hizo inacabables de presencia en nuestra historia.



*Hacienda Toboga.*

Todo en ella es perfecto. La parte anímica que la mueve, queda como una página bíblica. Pero a ello se le puede agregar la belleza, el tranquilo discurrir de la caligrafía, el donaire de su sintaxis, la justeza de los términos, la brevedad y enjutez del pensamiento. Parece escrita por un clásico. Modestamente me atrevo a afirmar que ninguno de los escritores más connotados de los tiempos modernos, ha alcanzado tal pureza de forma, amén de la encantadora "esencia costarricense" que impregna toda la hoja.

A la par de esa carta inmortal, cúpole a don Julio Sánchez darle de herencia a su patria, otra carta, a la que hemos hecho referencia. en el capítulo anterior, bajo el título de "La carta de Taboga".

Siendo el autor de ella, hombre de pocas letras pero de gran sabiduría, es casi inexplicable cómo alcanza pasados los setenta años, un estilo puro, limpio de maleza; claro, como un escrito galdosiano, la expresión de su pensamiento. Solamente porque el texto de esa carta está ahí, podemos entender el milagro. Se afirma el postulado que la experiencia es la madre de la ciencia. Si prescindieramos de este dogma, nos enfrentaríamos con un confuso teorema ininteligible.

La carta es de negocios. Pareciera imposible que dentro de esa tesitura pudiera encerrarse todo un tratado de Economía Política, toda una temática filosófica-económica, al par que todo un estilo. Pero lo cierto es que, ahí están las ideas, la construcción de ellas, la revelación de un espíritu, que rima todo, y en general, con la mejor y más pura esencia del "ser costarricense". Si sobre ella dedicamos un pequeño análisis, hemos de comprender que bien podría estar incluida dentro de nuestras mejores leyes defensoras del trabajador; contiene los dictados de la conciencia de un hombre cuya riqueza no avasalló al débil, sino que le brindó su justicia en el trato y su generosidad en el negocio.

El asunto que trata es la oferta que le hace un abogado de proceder contra los parásitos establecidos dentro de los predios de la hacienda "Taboga", cuya extensión de 25 mil manzanas, en el corazón de

Guanacaste, la convierten en uno de los más vigorosos emporios de trabajo y riqueza. La dirige don Julio Sánchez, al mandador de aquella propiedad, concuño de él, don Rafael Rodríguez, a quien el autor de estas líneas conoció, ya retirado del trabajo por lo avanzado de su edad. Hombre del más puro modelo de nuestros viejos labriegos, grande, fuerte, noble. Había casado con una hermana de la esposa de don Julio, doña Emilia Cortés, y desempeñaba el puesto con la confianza que le prestaba su honradez, sus años y el vínculo político familiar.

Esta carta quedará en los anales de nuestra Historia Patria, como un documento humano de permanente valor. Conforme pasan los años y más se nos complica la vida, en el zarandeado "desarrollo" en el que estamos enfrascados, más valor cobra cada letra de la misiva. Así lo comprenderá el lector, en cuanto comience a resbalar la vista por el severo texto:

*San Francisco, enero 9 de 1930.*

*Señor don Rafael Rodríguez.  
Taboga.*

*Mi querido Rafael:*

*Estuvo (Fulano de tal) en la oficina para proponerme la expulsión de los parásitos de "Taboga". Como me dijo que Ud. estaba de acuerdo, le doy ahora las razones que tuve para negarme.*

*La tierra debe ser, en realidad, para quien la cultiva, no para quien tenga la escritura.*

*Yo cultivo mis otras fincas en toda su extensión porque no me gusta que haya tierra que no produzca.*

*No puedo hacer lo mismo con "Taboga" porque allí poseo 25.000 manzanas y está fuera de mis posibilidades cultivarlas.*

*Ni yo, a pesar del esfuerzo que realizamos Ud. y yo; ni mis hijos, ni mis nietos, podrán cultivar nunca esa extensión de tierra.*

*Por eso creo que debemos conformarnos con lo que podamos cercar, limpiar y atender. Lo demás debe ser para que lo vayan sembrando los que puedan. Con eso no me hacen daño, puesto que yo no ocupo ese campo y sí me hacen bien porque se avecinan, producen y mejoran el lugar.*

*Hagamos lo que podamos sin estrujar a los que llegan a sembrar, salvo que sean vagabundos merodeadores. Pero los vagabundos son estos que gritan acá sandeces contra los ricos.*

*Los que descujan montañas y siembran maíz, no son vagabundos.*

*Cuando el chino José Sing me vendió "Brazo Seco" yo pude haberle armado camorra. Ud. sabe que toda esa finca está en propiedad de "Tabogá" y que él no podía venderme lo que era mío. Pero lo que me pertenecía era la montaña virgen y el chinito me vendía milpas, repastos, casa y tierra limpia y cercada.*

*Se la compré sin hacerle reparos porque eso era lo justo.*

*Ese es mi criterio. Extienda Ud. los potreros cuanto pueda, pero no nos pongamos a pelear contra los que, sin escritura que los ampare, tienen deseos de trabajar y se meten en tierras abandonadas por muchos siglos, vírgenes del todo.*

*Yo poseo bastante, pero de lo que estoy convencido es de que uno no necesita más tierra que el pedacillo donde lo han de enterrar. Yo quiero vivir en paz para que cuando muera no tenga nadie derecho a revolearme ese pedazo de tierra a que aspiro.*

*Lo saluda con cariño,*

*Julio Sánchez.*

*\**

*\*\**

En la sala de todas las casas de todos los hijos de Julio Sánchez Lépiz, cuelga de la pared un retrato de este viejo recio trabajador. Igual ocurre en todos los departamentos y beneficios de la gran Empresa. A la par, luce la dama que lo acompañó en su vida.

Quien no los haya visto, porque no tuvo nunca la oportunidad de ello, puede afirmar, sin margen de error, que el leer esta carta, equivale a contemplar al hombre en vivo, con toda la energía vital de su carácter, y que nunca ningún otro documento humano retrató el vigor, la personalidad y la alta calidad humana que poseía aquel gran costarricense, revelado en estas palabras de terrible, seca y generosa sinceridad.

¿Qué significó la ausencia (presencia interminable) del gran viejo en el calor de los hogares diseminados por los hijos y los nietos y los biznietos, como esas matas rastreras que reptan y llenan su camino de frutas grandes y verdes y flores desgarradas y amarillas?

El autor ha pedido a un nieto, el Lic. don Oscar Arias Sánchez, descendiente de dos heredanos ilustres, don Julio Sánchez Lépiz y don Juan Rafael Arias, que acula a estas páginas.

Oscar Arias Sánchez no ha negado la cita que le hago, en este libro de su abuelo, que convierte su presencia en algo estricto, como imprescindible. Al hablar de él "a quien no conocí, pero en cambio, lo conozco en su personalidad espiritual —la inmortal—" el respeto y la admiración corren por igual, lo que en buen romance, significa y estabiliza el tamaño ejemplarizante y legendario del aquí biografiado.

Reproduzco a continuación, el pensamiento del que habla de su abuelo con la plenitud de una vida consagrada al estudio, y desde la alta posición de Ministro de Planificación del Gabinete del Presidente actual, don José Figueres.

Ningún documento puede lograr una autenticidad mayor. Helo aquí:

### **Recordando a mi abuelo**

#### **EN EL CENTENARIO DEL NACIMIENTO DE DON JULIO SANCHEZ LEPIZ**

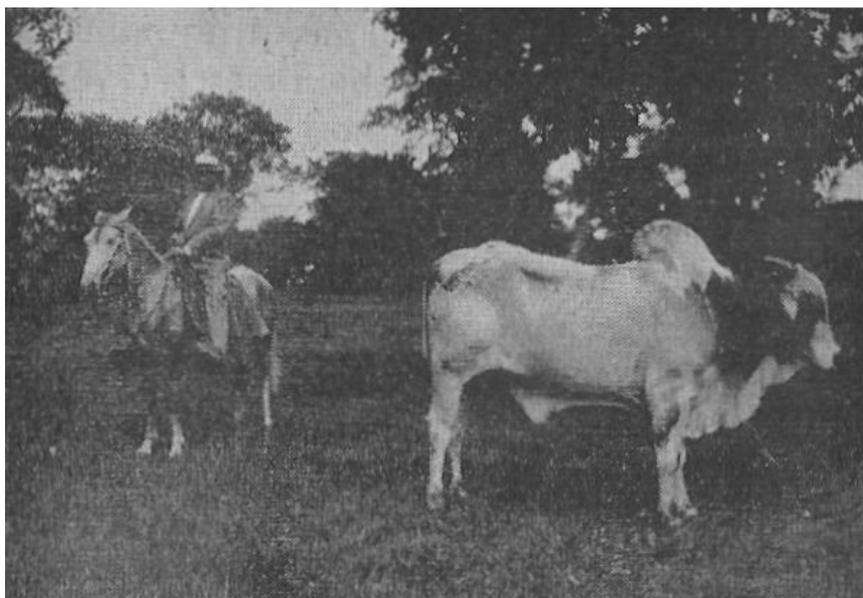
Fue voluntad de Dios que yo viniese a este mundo cuando ya mi abuelo había entrado en el reino de las sombras. No lo conocí, pues, en su recia contextura física; pero en cambio, lo conozco en su personalidad espiritual —la inmortal— y mi admiración por ella crece a medida que mi mayor madurez va permitiéndome apreciar mejor su obra y las enseñanzas de su vida fecunda.

Fue, antes que todo, un hombre de acción. Como no tuvo inquietudes intelectuales, no supo nunca de doctrinas filosóficas ni recorrió los campos de la creación literaria o científica. Fue un simple hombre de trabajo, un profesor de energía, un admirable organizador de empresas y negocios. Pero, dotado de gran inteligencia, vivió feliz apegado a su propia filosofía; sencillez y austeridad; devoción por el trabajo; cumplimiento estricto del deber. Era llano en el trato y sencillo en el vestir; odiaba' la vana ostentación de la riqueza. No gustó de viajar, aunque lo hizo; prefería gozar de la tranquilidad del campo y la paz del hogar. Solía decir: "en la oscuridad me crié, y en ella quiero vivir y morir".

Fue religioso, de los que entienden bien el mensaje de amor, fraternidad y paz que trajo Jesús al mundo; religioso de verdad, no de los falsos que "llevan joyas a los Santos de los templos pero pasan insensibles ante los niños que tiemblan de hambre y de frío"; sinceramente religioso, de los que con placer cumplen el mandamiento de amar al prójimo y dan y sirven con alegría, y aceptan esta alegría como justa recompensa a su generosidad. Fue religioso porque huyó de falsas

vanidades, porque fue prudente en sus acciones, porque no sufrió de soberbia ni se envaneció con sus riquezas y fue humilde, de humildad franciscana.

Fue un hombre de acción, un hombre humano —profundamente humano— de fina sensibilidad social. Leal, generoso y justo con quienes le ayudaban en sus empresas, no ejercía el trato de Jefe sino que compartía con ellos, como un amigo y compañero, el gozo profundo y sencillo del trabajo. Sus ideas sociales, aun para esta época, podrían considerarse de avanzadas. En documento que lleva su firma expresó: "La tierra debe ser en realidad para quien la cultiva, no para quien tenga la escritura. Yo cultivo mis fincas en toda su extensión porque no me gusta que haya tierra que no produzca . . . por eso creo que debemos conformarnos con lo que podamos cercar, limpiar y atender".



*Don Julio junto a uno de sus sementales de raza.*

Participó en la política del país, únicamente para cumplir con un deber de ciudadano vigilante y preocupado, no para buscar prebendas o para conseguir honores que pueden llevar a los hombres de valer a erguirse sobre el pedestal de la fama, elegido una vez diputado al Congreso Nacional, no concurrió a sesiones, alegando con extrema modestia: "No soy orador y, aunque tuviese buen juicio, mi palabra tosca no sería escuchada porque no la visto con traje de gala". Patriotismo y desinterés, saludable lección de un ciudadano ejemplar.

No lo tentó la codicia por el dinero. Ciertamente acumuló fortuna, pero ella fue producto exclusivo de su incansable bregar, de su afanosa lucha con la tierra, de la inteligente dirección de sus negocios. Y esa riqueza material le permitió dar generosa ayuda a nuevos empresarios, abrir oportunidades de trabajo y remediar necesidades ajenas. De esta verdadera riqueza sí disfrutó: gozó de la alegría de su buen corazón.

\*

\*\*

Al cumplirse el centenario de tu nacimiento, nosotros, tus nietos, elevamos hacia ti nuestro pensamiento; y en el emocionado recuerdo va la promesa de seguir tus sabias enseñanzas. Con ello, no sólo honraremos tu memoria, sino que tendremos el goce inefable de vivir, como tú, en paz con Dios y con los hombres.

## EPILOGO

En el Capítulo 4, de esta minibiografía, se apunta el hecho insólito de que el "Rey del Café", cuando tramontaba los setenta y pico de años, recibió en la sala de su casa —resonante silencio, fragancia húmeda y añeja como de vals pasado de moda, cortinones grises y severos, murmullo lejano del jardín enflorado, del averío cacareador, del tráfico de las carretas cargadas de café maduro entrando al patio en las carcanías— a un pobre muchacho, empleado de periódico, que por aquella época andaba "*enantes*" de los treinta y que hostigado por la necesidad, pedía una entrevista con el poderoso Señor del café.

Era el autor de estas líneas, como ya se ha dicho, empleado de periódico, y tenía sobre sus espaldas la responsabilidad de "La Hora", un "pasquín" de mala medra que entre resuellos de ahogado y trompicones de borracho, iba pagando la planilla y conquistando el corazón de los lectores. Como se discutiera por esos rumbos la cuestión del Control de Cambios, frente a cuyo departamento se encontraban a la sazón dos grandes varones, don Mariano Guardia, "el hombre más honrado de Costa Rica" (me decía siempre mi padre) y don Anastasio Herrero, buen financista, español creo que de Soria, entendido como nadie en asuntos del mercado de divisas.

Alguien dijo que un reportaje sobre el control de cambios arrancado a don Julio Sánchez, el máximo exportador individual del país, y desde luego, afectado por la medida del Gobierno, sería una "pica en Flandes". Y a poner la "pica" se fue el director del "pasquín", con ánimo valeroso, corazón temblante, piernas de azogue y un tarugo en el gargüero.

"No me echó los perros", dije a los compañeros, cuando regresé de la aventura. Y me senté a la máquina para escribir sendos reportajes para "La Hora" y el "Diario". De aquella hazaña no quedó otro rastro que la opinión sesuda, sólida y respetuosa del noble anciano. Nunca se supo quien hizo la entrevista. Era un trabajo anónimo; pero guardado en el corazón del aventurero empleado de periódico, como una gran batalla silenciosa, ganada como quien hace bailar en la uña un trompo de guachipelín.

Muchos años después, en un aniversario de la muerte del gran costarricense, se me pidió tomar parte en el homenaje que la familia y el país deseaban rendir a su recuerdo. Me sumé con una profunda ansiedad al hecho y escribí una página que llevaba por título "Don Julio y Yo". En ella, hacía evocación del suceso del que había sido protagonista ocasional. Ese artículo resume un momento pinacular en la vida periodística del autor de estas líneas que, ahora, cuando está al borde de alcanzar los años, pero no la sabiduría, de don Julio, cree llegado el momento de traerlo a reproducción aquí, como un cierre consternado al ensayo escrito.

Un palpito de que la evocación de mi aventura, de que los minutos que estuve enfrente de don Julio, del acto generoso de atenderme pese a mis pobres ejecutorias, me da la impresión de que, no solamente doy el último toque, y la pincelada postrera al retrato de un gran hombre, sino que el corazón parece empujarme a hacerlo, como si estuviera seguro de que el lector lo ha de leer con gusto.



*Funerales de don Julio Sánchez Lépiz, en San Francisco de Heredia.*

## **DON JULIO Y YO**

En la socla, el árbol montañero no tiene ramas bajas. Posee, al decir lorquiano, la contextura del grito. Se yergue recto, sin adornos y abre su copa al sol, por encima del matorral, ausente de las parásitas sensuales, indiferente a toda esa gama poética del rocío, la humedad, el gusano, la hoja y la corola abierta. El árbol, en la socla, dialoga con el sol y si de algo sirve alguna vez en la batalla de la naturaleza, es para absorber al rayo, que es, con el tiempo, los únicos que lo doblan y vencen.

Así lo comprendí, por mimetismo, la primera vez que estuve frente a don Julio. Era —esa impresión la daba desde el primer momento— el hombre-árbol. Y como tal, toda su fuerza estaba en la copa, en la adustez del gesto, en el porte señorial, en la severidad del rostro, en la mirada penetrante ojizarca, bajo un pelo que a mí, al través de los años, lo sigo viendo rubicanoso. Por qué, cuando y cómo, estuvimos frente a frente don Julio Sánchez y yo es cosa que parece de leyenda, pero podría rememorar todos los detalles porque cada uno de ellos se me fue grabando en la mente en aquella azarosa mañana de un día soleado de allá por la década del 30, cuando andaba el país en tejes y manejes por la relumbrante Junta de Control de Cambios puesta en vigor a la sazón por mor de la escasez maldita de los dólares y la flacura y raquitismo de nuestros colones, tan desteñidos desde entonces como lo andan ahora por esas calles de Dios.

Era yo entonces un mozalbete de escasos 5 lustros, corría tras el cinco con la aguda sagacidad del padre, vestía color ala de mosca, rascaba de noche sobre el solrelami de cuatro cadáveres de gato estirado encima de un puente de mi "guarnerius", o sea que quiero decir que tocaba el violín, y andaba en carreras durante el día como empleado de un periódico, con lo cual no quiero decir que era periodista. Figuras de relumbrón habían externado su criterio sobre el complejo problema de la maldita pobreza de esta tierra que se llama rica por una de esas extravagantes piruetas de la vida.

Los unos hablaban en pro y los otros en contra, pero cada cual echaba agua para su molino, que no estaba entonces la Magdalena para tafetanes. Sólo un patricio, un viejo luchador de la tierra, un —lo que llaman en la parla nacional— guayacán, permanecía en silencio. La figura señera de aquella esfinge acicateaba nuestras ansias de pobres empleados de periódico empeñados en ganarnos el sustento con la noticia y el reportaje. Lograr de don Julio unas palabras para el periódico sobre el complejo problema que agobiaba la opinión pública parecía cosa de milagro o de gitanería, y por ello quizás nadie tenía los arrestos.

\*

\*\*

Atravesé, frente a la amplia casa solariega, la vía del tren. Con mano firme empujé la verja y yo mismo estaba asombrado del aplomo con el que avanzaba al través del jardín amorosamente cuidado, abierto en rosas, azalias, chispas y árboles que a mí me parecieron nísperos y mangos. En el recato de una sala penumbrosa me vi sentado y a poco apareció la figura de un hombre cargado de años, pero vigorosamente recto, entero, con la vivacidad permanente de los que están hechos al vendaval, la polvera, el atisbo de los años, el peso de la sabiduría aprendida en la tierra. Tenía frente a mí a don Julio Sánchez, uno de los bastiones de la riqueza del país, un amo, un patrón, con ese sentido profundo y ancho del vocablo español, que es una mezcla de juez y padre, de maestro y paño de lágrimas. No era alto, pero se mantenía en alto. Vestía sencillo, de oscuro, como un retrato antiguo. Sólo la camisa era joven, blanquísima, con una inocente blancura de almidón.

Se sentó despacio y ceremonioso tras de estrecharme la mano, con el mismo gesto campechano, acogedor y severo con el que días antes me lo había hecho don Ricardo Jiménez, en plena vía ferrocarrilera, allá por Caldera.

Sería inútil negar que la emoción me quitaba el resuello. Pensaba que había hecho, —que lo había podido hacer— y que sólo la necesidad y la poca edad me habían prestado su coraje.

Por un segundo, mientras rebuscaba en mi mente la pregunta primera, pude captarlo todo. Una honda emoción de miedo y de estupor me embargaba pero podía desmenuzarlo todo, en todos sus detalles. Estaba frente a un hombre de tamaño desmesurado, que había, como otros patricios de la época, afincado las primeras bases de una riqueza nacional. Era uno de los fundadores, uno de los arquitectos, uno de los patricios, en el sentido romano, que se alargaba desde el pasado, desde antes de mi nacimiento, hasta tenerlo ya griseado por los años, frente a mí. Poseía —blanco, adusto, severo— el tipo y el gesto del conquistador. Y de todo él hervía siempre, con penetrante eternidad, la agudeza de la mirada escrutadora, como hombre abatanado en el oficio de ver al través de los hombres, de la montaña y de la niebla.

Me hizo la pregunta temida:

"¿Era para la publicidad?" Negué vagamente, avergonzadamente, pero negué. No era periodista, pero la negativa sonaba hueca y falsa. Se mostró, quizás por ello, reservado, pero emitió su opinión. Con tono pausado, amasando y masticando las ideas, con sólida construcción mental, me expuso el problema, sus conveniencias y sus contras. Lo oí apasionadamente con el regocijo de estar adquiriendo de una fuente clara y sana principios limpios de un patricio, y me marché después, dando tumbos en un asfixiante carromato, sobre una carretera de ripio, entre bolsas, canastas, empujones y cuechas.

No me aumentaron el sueldo. El reportaje hizo sensación. Había hablado don Julio Sánchez, el amo, el monarca de la industria, el rey de los cafetales. Creo que fue un bombazo. Algunos compañeros

me felicitaron con palmaditas cariñosas en la espalda. El director aseguró que yo tenía un porvenir, pero no dijo de qué.

Me enteré después y sentí una gran pena que nubló mi gloria, que el noble viejo, el patricio de gesto adusto, de mirada penetrante y de severa voz, había tenido un disgusto viéndose en letras de molde, pero me aseguraron también, a poco, quizás para quitarme la amargura que pronto le había pasado.

Años después lo hirió el rayo de la muerte. La provincia quedó desolada. El nombre de don Julio estaba en todos los hogares y era como si se perdiese el padre de cada uno de los hijos. Volvió a la tierra, como el árbol, a hacerla más rica y fecunda. Yo olvidé la aventura. El, también. Si la recuerdo ahora, es porque se cumplen los 100 años de que el país parió a un patricio, a un hombre del temple de aquellos que ahora, con el confort, el auto y la civilización, ya no se dan.

La mentira no la olvido. Pasaron sobre ella más de 30 años pero no la olvido. Sin embargo mi conciencia está tranquila. Fue el único disgusto que le hice pasar. El otro, la verdad, no lo sufrí. Ya había muerto.

Nunca supo que habíamos llegado a ser consuegros.

\*

\*\*

En las tierras falderas del Barba, donde "hamaca" su regazo las "tres marías", arranca el valle y comienza a remansarse el río; donde se aquieta la torrencera que baja del Porros, o del Ciruelas o de La Hoja; ensortijado, el casal de los aledaños, por fincas de café que se enfloran de blanco con las primeras lluvias tempraneras de Marzo o tarderas de Abril; con un torreón, que parece de la colonia, pero que en realidad lo hizo don Fadrique, mortal y mito, mitad y mitad; que tiene una parroquia románica del XVIII, ancha, arrugada y escarmenado el repello; con silenciosas y sosegadas calles; un tumultuoso mercado de frutas, dulces, quesos, frijoles, maíz, papas que a veces bajan del Monte; cantinas, abarrotes, talabartería, que huele a cuero nuevo, y con tortillas calientes que es un gusto comerlas, porque uno se relame y se chupa los dedos; con una carretera que la parte en dos, como quien corta un ayote; con plazas, o potreros, en donde se corre tras de la pelota; con un parque central de kiosko municipal, banda militar que no sé si toca como antes, o toca menos, como ahora; y un monumento marmóreo, con medallón del poeta Aquileo y su poema "Mi Musa", que la Asociación "Ala" levantara en recuerdo del vate, está la ciudad capital provinciana de Heredia, modesta, rigurosa y católica.

Si el transeúnte se adentra por la Calle Real, verá que la vía es ancha y tumultuosa, sobre todo en los días de mercado o simplemente de no guardar. Pero en saliéndose de su centro, la capital tiene un apacible y manso encanto. Por esas calles ha de encontrar cualquier peregrino que las deambule, la casa que es o la que fue del poeta, del músico, del escultor, del literato, del ministro, del filólogo, del historiador, del empresario, del deportista de gran rumbo y legendaria fama; la del ex-presidente, la del cafetalero de mucha plata, y los apellidos ilustres y legendarios, que tienen vida desde que Heredia dio su primer soplido en la estructura política de la nación. Esta gavilla de quehaceres y de patronímicos son el frutar de la provinciana ciudad, que por estar tan cercana a la metrópoli, defiende con recato su propia personalidad, salva guardándola de influencias, barullo, vocinglería que no calza a su atuendo, a su porte y compostura.

En su Campo Santo hay muchos nombres que siendo de Heredia, también lo son de la Patria. El Cementerio es el hórreo donde el país va hacinando su riqueza cultural.

En ese sitio, y en medio de muchos ilustres como él, descansa, en "el pedacillo de tierra", que ansiaba poseer, don Julio Sánchez Lépiz.

El nombre estampado sobre el mármol, constituye un inagotable tratado ejemplar de conducta, para los avatares del deber con la patria, la familia y nuestros semejantes.



*Otro aspecto de los funerales de don Julio Sánchez Lépiz.*

## ANTOLOGIA

### **"DEJEMOS QUE DON CLETO RESUELVAN LOS PROBLEMAS NACIONALES Y DEDIQUEMONOS NOSOTROS A SEMBRAR MAIZ Y FRIJOLES QUE ES LO QUE HACE FALTA", DICE DON JULIO SANCHEZ**

*Hemos hablado con don Julio Sánchez.*

*Modesto en todos sus aspectos, hace manifestaciones que reflejan su espíritu de batallador independiente.*

*«A mí que no me hable de negocios bananeros porque de eso no entiendo nada. Pregúnteme usted sobre café o acerca de ganado y le diré gustoso mi humilde opinión. A veces leo publicaciones bananeras en las cuales participan don Fulano, don Zutano (aquí dio dos nombres de personas conocidas que suprimimos ahora) y otros señores, y como hoy dicen una cosa y mañana dicen otra y como cada vez complican más el asunto, ya no sabe uno a qué atenerse. Esta gente, tratando los asuntos de la*

*United, me hacen el efecto de alborotadores de basura, bajo la cual están sepultados sus intereses personales.*

*Yo vivo dedicado a mis fincas y a mis trabajos y sólo ellos me preocupan. Aquí, con mis hijos, lucho a brazo partido y estudio mis finanzas sin preocuparme de las ajenas; en una caja pongo las entradas y en otra las jaranas y voy adelante sin meterme en lo que no entiendo.*

*El mayor mal de Costa Rica está en esa manía que tenemos de opinar sobre todo problema, sin haberlo estudiado. En todos estos grandes negocios creo que debemos dejar al Señor Presidente proceder; tengamos confianza en que él resolverá bien los problemas nacionales oyendo el clamor de la nación y las conveniencias del país y nada más.*

*Otra de nuestras calamidades consiste en elevar a los Presidentes con gran popularidad y entusiasmo y negarles toda confianza después. Pero, por supuesto, lejos de mi ánimo está el restarle méritos a opiniones tan valiosas como la de don Alfredo González, que es estadista y sí entiende bien los negocios nacionales. Opiniones de esa índole, sí las leo con interés.*

*Yo no censuro a don Fulano (aquí el nombre de un conocido finquero) porque ande en esas campañas, él tiene siembras de banano, y es desde luego, interesado. Pero yo no tengo tiempo que perder, en asuntos que no entiendo. Mire usted, hoy, por ejemplo, mi hijo y yo, levantados desde las cuatro de la mañana, hemos trabajado porque llegue buena carne a los mercados.*

*Lo que noto que nos hace falta son brazos para trabajar. El año entrante van a estar pobres las cosechas de maíz y de frijoles y eso sí debiera interesar vivamente al pueblo consumidor.*

*Le repito que tengo confianza en que don Cleto sabrá enmendarle la plaza a la Compañía y que él, abarcando el problema en toda su extensión, le presentará al país los puntos buenos y los puntos malos.*

*Mientras tanto, pensemos en la conveniencia de librarlo de esa casta de hombres que se enojan con él porque no pudo ocupar sus importantes servicios en el tren administrativo. La empleomanía es una enfermedad, que debemos combatir ya que aquí sólo se piensa en vivir a costillas del Erario».*

«La Tribuna».

**DON JULIO SANCHEZ ELECTO DIPUTADO  
¿PORQUE NO FUE AL CONGRESO?  
SUS IDEAS AL RESPECTO**

*En 1922 fue electo diputado don Julio Sánchez.*

*El acta que así lo declara dice:*

«Nº 2

*El Congreso Constitucional de la República de Costa Rica:*

*Verificados los poderes de sus miembros y, resolviendo sobre las reclamaciones de nulidades presentadas, de conformidad con los artículos 82 de la Constitución, 61 y 73 de la Ley Electoral,*

**DECRETA:**

*Declárame legalmente electos para ejercer el cargo de Diputados en el período constitucional del primero de mayo de mil novecientos veintidós al treinta de abril de mil novecientos veintiséis, a las siguientes personas: (en la parte respectiva).*

*Provincia de Heredia:*

*Propietario:*

**JULIO SÁNCHEZ LÉPIZ**

*Suplentes:*

**DR. SANTIAGO ZAMORA CHACÓN  
LIC. ANTONIO GUTIÉRREZ BENAVIDES**

*Comuníquese al Poder Ejecutivo.*

*Dado en el Salón de Sesiones del Congreso, Palacio Nacional. San José, a tres de mayo de mil novecientos veintidós.*

**ARTURO VOLIO,  
Presidente.**

**M. F. QUESADA,  
Primer Secretario.**

**NAUTILIO ACOSTA,  
Segundo Secretario**

*Casa Presidencial.—San José, a los cinco días de mayo de mil novecientos veñudos.*

**Publíquese: JULIO ACOSTA**

**El Secretario de Estado Encargado  
del Despacho de Gobernación,  
AQUILES ACOSTA.**

\*  
\*\*

*Apenas llegado, empieza una serena obra de restauración, restañando heridas y buscando la fraternidad de la familia costarricense.*

*Entonces, los que almacenan odios, alimentan mezquinos deseos de venganza y se aprovechan de su triunfo para cobrar menudas querellas personales, quieren empujarlo al desenfreno, a la locura de las represalias.*

*Es una mala política que nos arrojaría al abismo en que se han consumido algunas de nuestras repúblicas hermanas.*

*La cordura de Costa Rica es la que habla por boca del Presidente Acosta.*

*Por eso he ayudado al triunfo de su causa que le asegura un Congreso juicioso, capaz de compartir con él las enormes responsabilidades de la hora presente. Pero, cumplida mi obligación cívica, me pongo al margen para que lleguen los más aptos.*

*—¿Pero quién más apto que Ud., don Julio? Ud. que tan a fondo conoce los asuntos del país.*

*Sólo conozco de café y de ganado, en eso radica mi aptitud. El error consiste en pensar que los que hemos hecho cuatro reales tenemos ya el derecho de opinar sobre todo y la pretensión de saberlo todo. Si fuese un Congreso de Agricultores yo iría, pero es de Legisladores y ésa es una función para la cual no me siento preparado.*

*La Constitución sólo exige que sepamos leer y escribir para ser Diputados. Ya debiera ser más exigente y reformarse en cuanto a ese requisito.*

*Pero, aunque sea ella manga ancha, mi conciencia me dice otra cosa.*

*Es necesario haber tenido un poco de escuela a que yo no tuve tiempo de asistir.*

*No ve Ud. que mis suplentes son un médico y un abogado?*

*Va un campesino, como yo, a suplantar en la función legislativa a dos hombres universitarios?*

*Que vayan ellos. Yo, desde aquí, los aconsejo, si quieren mi consejo; yo cambiaré ideas con ellos para formar criterios.*

*Por otra parte, no ve Ud. el concepto que hay aquí del Congreso?*

*Se dice que es cuerpo democrático y, cuando llega a él un campesino honrado y juicioso, pero concho todavía, lo ridiculizan y lo mortifican porque dice asina o enainas, o porque no se pone corbata o le suenan los zapatos. Se olvidan ustedes, los periodistas, de que ése es realmente nuestro pueblo, honrado y sano, el pueblo de buen consejo que deberían oír.*

*Yo soy de ese pueblo, yo tampoco uso corbata y no me siento avergonzado de ello; a mí también me suenan los zapatos, yo soy de los que dicen asina y enainas.*

*A un Congreso bautizado de los hermenegildos, no quiero que lo sustituya un congreso de los asinas.*

*El periodista no pudo contener su risa por aquella broma, pero se puso a pensar en la gran verdad que ese concepto encierra. Luego preguntó:*

*—Entonces, don Julio, piensa Ud. renunciar?*

*—No, señor, tengo una responsabilidad adquirida. Yo veré cómo anda mi suplente. Sé que es un gran hombre, lo tengo por correcto, por honrado y estoy plenamente seguro de su buen criterio, pero me reservo el derecho para cualquier emergencia. Dios quiera que no llegue nunca.*

*Estas fueron las sabias y bellas palabras del señor Sánchez.*

*\**

*\*\**

*La actuación del suplente fue como él la había previsto y don Julio no ocupó, ni un solo día, el sillón del Congreso, ni siquiera aguijoneado por una natural aspiración a figurar y ponerse de relieve. ,*

*Es discutible ese criterio. No participamos de él, pero lo ponemos de relieve como contraste al de tantos hombres imprevistos que no desperdician la ocasión de despotricar en los Congresos.*

*\**

*\*\**

*Don Julio había aceptado esa postulación por condescender a una reiterada instancia del Partido Agrícola que creía que su nombre podía reunir la opinión de la provincia, un poco dividida, y darle el triunfo.*

*El señor Sánchez manifestó que aceptaría si su nombre era indispensable, pero que no pensaba concurrir al Congreso.*

*Para interesarlo, entonces, a fin de que activase la campaña, uno de los dirigentes del Partido Agrícola, el Ingeniero don Nicolás Chavarría, le propuso que fuese de suplente su yerno, él Profesor don Luis Dobles Segreda, quien tendría así fácil acceso a la Cámara, a la sombra de don Julio.*

*El señor Sánchez repuso:*

*«—Eso no está bien. —Sería un engaño a las gentes que votan por mí.*

*Cuando mi yerno haga méritos que abonen su popularidad, que llegue al Congreso, pero por sus propios pies. No quiero yo que se cuele por un portillo abierto con disimulo. Que entre por la puerta de enfrente.*

*El tampoco desea llegar al Congreso en las muletas de su suegro, así me lo acaba de manifestar de modo terminante.*

*Elijan ustedes entre las personas distinguidas del Partido, pero adviertan a las gentes que no iré al Congreso para que no se llamen a engaño».*

*Se pensó, sin embargo, que una vez electo se resolvería a concurrir, aunque fuese por la vanidad de pertenecer al Cuerpo Legislativo de la República.*

*Pero don Julio no asistió un solo día. Preguntado por un periodista sobre los motivos que lo alejaban de la Cámara, dio estas razones en un noble reportaje:*

*—El Partido Agrícola quería mi nombre y no podía yo negarme a prestarlo porque me interesaba, de vivo modo, el triunfo de un partido de orden, que desea ayudar lealmente al señor Presidente en su obra de buen gobierno.*

*Este país tiene una psicología enrevesada. Don Julio Acosta llegó al Poder con la más grande popularidad que el país ha contemplado. Eso revela que había fe y confianza plenas en su capacidad y en su honradez.*

## CUADRO CRONOLOGICO

### Julio Sánchez Lépiz

- 1862 Nace en Heredia el 22 de julio.
- 1886 Se efectúa su primer matrimonio con Florentina Alvarado Arce, el 4 de julio.
- 1898 Casa en segundas nupcias con Emilia Cortés Arce.
- 1908 Muere su padre don Juan de la Rosa Sánchez, el 2 de febrero.
- 1910 El 4 de mayo un terremoto destruye la ciudad de Cartago.
- 1914 Se presentan como candidatos a la Presidencia de la República: don Rafael Yglesias, por el Partido Civil; Dr. Carlos Duran, por el Partido Unión Nacional y don Máximo Fernández, por el Partido Republicano. Como ninguno de ellos obtiene la mayoría de votos exigidos por la Constitución, el Congreso escoge al Diputado don Alfredo González Flores en calidad de designado a la Presidencia de la República en ejercicio del poder. Don Ricardo Jiménez, no espera a que don Alfredo se haga cargo del poder y entrega los cuarteles a don Federico Tinoco, quien precisamente había ayudado para que el Congreso designara al Lic. González Flores.
- El 28 de julio se inicia la Primera Guerra Mundial.
- Se inaugura el Canal de Panamá.
- 1917 El 27 de enero, don Federico Tinoco derroca al Presidente don Alfredo González Flores, quien se refugia en los Estados Unidos de América, donde escribe una serie de artículos en los cuales acusa al Sr. Lincoln Valentine (capitalista norteamericano) de partícipe en el golpe de estado.
- Los Bolcheviques toman el poder en Rusia.
- 1918 Termina la Primera Guerra Mundial el 11 de noviembre.
- 1919 Don Federico Tinoco, acosado por la oposición, hace abandono del poder.
- Asume el poder el General Juan Bautista Quirós. El gobierno norteamericano de Woodrow Wilson no lo reconoce como Presidente de la República y ejerce presión en tal sentido. Ante esta situación, una Junta de Notables reunida al efecto, llama a don Francisco Aguilar Barquero para que se haga cargo del Gobierno.
- 1920 Don Julio Sánchez deposita a la orden de un Tribunal de Justicia en los Estados Unidos de Norteamérica, la cantidad de \$ 25.000.00 correspondiente a la fianza que debe depositar el Lic. González Flores, demandado por el Sr. Lincoln Valentine, por supuestas injurias.

- Don Joaquín García Monge funda su famosa revista "Repertorio Americano".
- Es derrocado Manuel Estrada Cabrera, como Presidente de Guatemala.
- 1921 Surge el conflicto armado entre Costa Rica y Panamá, como consecuencia de la no definición de los límites territoriales entre ambos países.
- Con motivo de la celebración del Centenario de la Independencia de Centro América y a instancias de los gobiernos de El Salvador, Guatemala y Honduras, se firma en Costa Rica el Pacto Provisional de Unión Centroamericana.
- 1922 Don Julio Sánchez, candidato del Partido Agrícola, es electo diputado al Congreso Nacional en las elecciones de medio período. No asiste a las sesiones del Congreso y en varias entrevistas y declaraciones públicas explica las razones de su actitud.
- 1929 Catástrofe financiera en los Estados Unidos de Norteamérica.
- 1930 El 9 de enero escribe su significativa "Carta de Taboga".
- 1931 Se inician las dictaduras de Trujillo en la República Dominicana; de Ubico en Guatemala y de Maximiliano Hernández Martínez en El Salvador.
- 1932 El 14 de febrero gana las elecciones para la Presidencia de la República, don Ricardo Jiménez.
- El 15 de febrero y bajo el gobierno de don Cleto González Víquez, Manuel Castro Quesada, candidato derrotado del Partido Unión Republicana, toma el cuartel Bella Vista (hoy Museo Nacional). Don Julio Sánchez se pone incondicionalmente a las órdenes de don Cleto.
- Se inicia la guerra del Chaco entre Bolivia y Paraguay.
- 1933 Adolfo Hitler es electo Canciller de Alemania.
- Se inicia el gobierno de Tiburcio Garcías Andino en Honduras.
- 1934 El 26 de marzo muere en Heredia don Julio Sánchez.